

monges al pasar por delante de Ponce para ir á hincarse de rodillas junto al lecho mortuario, oíanle murmurar entre golpe y golpe estos rudos versos:

Cuando alguno muere aquí,  
se vienen corriendo á mí.  
Yo amedrento el corazón  
con la voz del aldabon,  
yo soy el signo fatal,  
soy del llanto la señal.  
Y ahora, decidme á mí:  
sabeis porqué estoy aquí?

Estos versos eran los que frecuentemente se le oían murmurar también cuando sus largos paseos por la huerta ó cuando sus horas de insomnio que pasaba recorriendo las galerías y claustros del monasterio.

A fuerza de años, de rezos, de soledad, de penitencia, el monge inspirado, el monge Ponce pareció hacerse más amable y más comunicativo.

Era sin duda que había acabado por arrancar de su corazón el punzante recuerdo que sin cesar le aquejaba, como quien arranca de un campo una yerba venenosa.

En efecto, ya no tenía horas de insomnio, ya no sollozaba en medio de nerviosas crisis á orillas de los abismos. La oración, ese bálsamo de los desesperados, había acabado sin duda por cicatrizarle la llaga del alma.

Ponce era otro hombre.

Ponce era uno de los varones más respetados, uno de los monges más santos del monasterio de Piedra.

### III.

Esta es la hora en que el aire se puebla de misteriosas fantasmas, esta es la hora en que los genios del mal cruzan en todas direcciones para ir á reunirse en misterioso conciliábulo, esta es la hora en que susurran las flores y las hojas de los árboles mecidas por el viento nocturno que las roba sus perfumes, esta es la hora en que sombríos vapores se elevan de los lagos, y suenan en los montes desconocidos rumores.... esta es la hora!.... media noche!

Reina por doquier universal silencio, el silencio de las tumbas. El viento gime melancólicamente entre los árboles, y las hojas secas al chocar entre sí arrastradas por el suelo, remedan el crujir de los esqueletos. Esta es la hora en que la luna brilla vistiendo con amarillenta luz las puntas peladas de las ro-

cas que se dibujan á lo lejos como grupos de pulidos cráneos. Las doce de la noche!.... esta es la hora!

Esta es la hora en que la naturaleza se duerme y los espíritus de las tinieblas se despiertan; esta es la hora en que el ruido de los torrentes y cascadas despeñándose desde prodigiosa altura, ahoga la gritería de los brujos reunidos en el sábado; esta es la hora en que vemos cruzar sombras misteriosas por los espacios, en que oímos sonidos incomprensibles remedando voces humanas, sin acertar á comprender cuyas son esas sombras que se agitan y esas voces que se oyen.

Esta es la hora en que, ginete en una nube que remeda un monstruoso lagarto, un diablo cruza rápido los aires y desciende á las profundidades de la tierra que se raja para abrirle paso, como si fuera una masa de vapor que corta una ráfaga impetuosa.

Misteriosa caverna se presenta á sus ojos y sin vacilar penetra en ella el aéreo mensajero.

Baja del monstruo que se disipa así que ha descabalgado, una puerta se ofrece á su paso, ábrela de una patada y se encuentra en una estancia cuyas paredes son de fuego y cuyo pavimento es de encendidas ascuas.

Allí está Satan sentado sobre dragones que abren sus bocas y agrupan sus cabezas para formarle un trono; su mano en lugar de cetro empuña una haz de venenosas serpientes.

— Ponce se nos ha escapado, — dice el recién llegado. — La oración ha podido más que yo. Este monge pertenece ya al cielo. El recuerdo de su amor ha muerto en su alma. Su corazón está frío.

Satan baja la cabeza y medita.

A los pocos momentos se sonríe, se sonríe con una sonrisa de infierno que hace retumbar de espanto los ámbitos del infernal palacio.

— Vuela, — dice; — en el castillo de Lizana hay la muger que Ponce ha idolatrado un día. Desliza en su oído palabras dulces que evoquen sus recuerdos de amores ya olvidados, enciende la fiebre de su deseo, arda en delirios del amor de Ponce, que lo arrostre todo, que se precipite, que vea al monge que fué un día el bastardo de Guevara, y Ponce y Eladia son nuestros. Vuela!

El mensajero se inclina y parte.

## IV.

«Qué monumento es aquel situado en la cumbre de una colina y cuyo pié besan las aguas de un impetuoso torrente que á poca distancia se precipita por entre escabrosas rocas hasta llegar al fondo del valle donde se estiende manso en cinta de plata?... Es una fortaleza ó un convento?... Es la morada de hombres piadosos cuyas preces se dirijen al eterno, ó la habitacion de los bravos caballeros que solo entonan cánticos de guerra?»

Nada de esto. Es una abadía medio arruinada y en cuyos salones no resuenan ya las preces de los monges sino los gritos de los cuervos y de las lechuzas.

Un monton de ruínas y de escombros hacinados unos sobre otros, he ahí lo que queda de la antigua abadía.

Estos escombros, cuántas virtudes han cobijado, cuántos crímenes habrán visto!... Cuántos sabios habrán dado al mundo, cuántos varones ilustres á la iglesia!

Al descubrir el viajero unas ruínas, se descubre y las saluda, porque unas ruínas son un libro cuyo número de páginas está ya completo, que mucho dicen para el pasado, que nada guardan para el futuro: unas ruínas tienen algo de venerable como la vejez, recuerdan tristemente el pasado, examinan con frialdad el presente y su sereno estoicismo no teme el porvenir.

Al descubrir unas ruínas, qué de recuerdos! qué de melancolía! Son un amalgama confuso de crímenes y heroicidades, de proezas y cobardías, de vicios y de virtudes. Quién sabe si estos escombros han sido mansion del crimen ó de la gloria? Quién sabe si han dado hombres grandes al mundo, valientes á la historia ó héroes al drama?...

La abadía está siempre rodeada de una niebla espesa formada por los vapores de los lagos y que casi la oculta á los ojos del viajero. Es como un velo de luto con que, desconsolada viuda, quiere cubrir sus escombros para robar su dolor á la vista de los hombres.....

Pero estas ruínas no están del todo abandonadas. Un torreón se mantiene aun en muy buen estado y una luz se ve brillar en este torreón. Quién habita allí?

Una voz melodiosa mas dulce que el susurro de las fuentes, mas suave que el murmullo de los arroyos, mas armoniosa que el suspiro de la brisa, entona melancólica cántiga acompañada del bello laud de los amores. Cuya es esta voz?

«La estrella de la noche, la reina de las tinieblas, está absorta escuchando mis cantares. — La noche ha tendido su manto de sombras sobre los mortales y se ha vestido de luto por la muerte de su hermano el dia. — Yo las pregunto: dónde está mi amante?... Y el silencio es su respuesta.

«Veo que sombras misteriosas vagan fúnebres en torno mio. — Oigo el graznido del buho que canta la tristeza de la noche. — El aura silenciosa ajita mi negra cabellera. — La lechuza bate sus alas y revolotea en rededor de la lámpara que alumbrá mi estancia. — Yo les pregunto: dónde está mi amante?... Y el silencio es su respuesta.

«Cuando nace la rica aurora animando las flores de los campos y los árboles del bosque, las flores y los árboles mueven alegres sus hojas y la saludan, libres de las tinieblas que sobre sus frentes pesaban. Yo pregunto entonces á la aurora: dónde está mi amante?... Y la aurora sin contestarme llora perlas de rocío.»

El canto ha cesado. El silencio vuelve á ser sepulcral. Solo se oye el viento que silva entre las ruínas, el agua que se queja entre los guijarros.

Ha rechinado una puerta sobre sus mohosos goznes. Se oye un paso furtivo bajar rápido la escalera del torreón.

Una muger atraviesa por entre los escombros, vestida de blanco, el cabello suelto flotando en mar de ébano sobre los desnudos hombros.

Cruza las ruínas, salva el torrente, baja la montaña. Ya está en el valle. Si allí hubiese algun campesino á quien poder preguntar, os diria:

— Esa muger?... esa muger es *la loca*.

Pero si lo preguntais al cronista, el cronista os dice:

— Esa muger?... esa muger es Eladia.

## V.

«Qué cosa mas triste es un claustro! el silencio, el silencio siempre, el silencio eternamente. El hombre camina á la tumba contando los pasos que de ella la separan. El edificio que sirve de morada al monje, le sirve de patria y de destierro á un tiempo, y la campana que ronca zumba sobre su cabeza entonando himnos á la Virgen, es la misma que entonará las preces de difunto sobre su féretro.

Y sin embargo, qué cosa mas poética al mismo tiempo! El claustro es el puerto de salvacion para las almas enfermas. Allí todo habla de Dios á los desgraciados: han trocado la embriaguez de la vida por el éxtasis de la soledad, el

órgano les acaricia cantándoles himnos melancólicos, aspiran el perfume de la oracion, de esta flor mística que brota consoladora al borde de la tumba donde han amortajado su esperanza, y cada día suben una grada de la escalera del cielo.

Entre los solitarios de Piedra, Ponce es el mas asiduo al templo.

Míradle allí de hinojos ante el altar. Su rezo es largo, muy largo. Hace ya mucho tiempo que sus hermanos han abandonado el coro, y él reza todavía.

Sale por fin del templo, la cabeza baja, murmurando:

Quando alguno muere aquí,  
corriendo vienen á mí.  
Yo amedrento el corazón  
con la voz del aldabon,  
yo soy.....

Porqué se ha interrumpido? porqué se detiene? porque clava unos ojos espantados en la gótica columna del claustro?

Es que junto á esta columna se dibuja una forma blanca. Es que allí está una muger arrodillada, y esta muger, el corazón se lo ha dicho á Ponce, es Eladia.

Eladia, la cabellera suelta, el rostro pálido, los labios blancos como una azuzena marchita.

El monge se ha detenido como si una mano de hierro le hubiese clavado en el pavimento, pero la heredera de Pomares se ha destacado de la columna, y adelantándose grave y pausada, con pasos cada uno de los cuales ha resonado en el corazón de Ponce, ha caído á sus piés alzando hácia él unos ojos delirantes de fiebre.

— Ponce, Ponce, soy yo, soy Eladia. He sufrido tanto, Ponce!

Ni fuerzas ha tenido el monge para retroceder, pero su cuerpo todo se ha estremecido al sentir la mano de Eladia buscar la suya por entre los pliegues del tosco sayal.

— He sufrido tanto! — repite Eladia. — Me unieron á un hombre á quien yo no amaba. Yo no sé lo que le dije, pero sé que á fuerza de repetírselo, me llamó loca y me encerró en la torre de una abadía arruinada. Allí he visto pasar entre cuatro paredes muchos días, muchos, no sé cuantos. Tal vez un año, tal vez mas, yo no sé... no me entretenía en contar los días, porque solo pensaba en mi amante. Me acuerdo que vino á verme dos veces el hombre á quien me habian unido. Cada vez me preguntó: — Estais loca aun? y cada vez le contesté: — qué habeis hecho de mi amante?... Un día he encontrado abierta la puerta de mi prision, entonces me he salido y he empezado á andar á la ventura, he llegado á las puertas de esta casa... no sé quien me ha dicho: Aquí

está tu amante, y he entrado en busca de Ponce. Aquí me tienes, pues, vámonos!

Pobre muger! su lenguaje es de una sencillez melancólica que desgarró el alma. Ponce siente brotar una lágrima en sus párpados y caer á lo largo de sus mejillas abrasándose como si fuera una gota de plomo derretido.

— Eladia, pobre víctima de amor, — dice Ponce con voz fúnebre que parece salir de entre su sayal como de entre los pliegues de un sudario, — yo no te conozco, no debo conocerte... Huye de este sitio que profanas.

La jóven aparta los cabellos que caen sobre su frente y fija sus ojos en el monge:

— Qué es eso? — dice. — Qué palabras son esas que no comprendo? Ponce, Ponce, mi amor, mi vida, porqué me hablas así? Ponce, yo te he amado siempre, te he amado con todo el cariño de mi alma. Ponce, yo no puedo vivir sin tí; tu amor es mi vida, tu desamor mi muerte. Porqué has estado tanto tiempo lejos de tu amada? Porqué has tardado tanto en reunirme con ella? Ingrato! qué sitio es ese? qué hacias aquí?

La voz de Eladia punza como un dardo envenenado el pecho del solitario. Aquella voz, un día tan querida, aquella muger, un tiempo tan idolatrada, evoca todos sus pasados sueños de felicidad y de ventura, despierta en su corazón todos los recuerdos cuya rebeldía tanto le habia costado domar. Oh! porque ha puesto la fatalidad á aquella muger en mitad de su camino?

Y Eladia continua diciéndole!

— Ven, ven, huyamos de este sitio

Ponce se vence otra vez, reúne todas sus fuerzas y desprende su mano de las manos de Eladia.

— Huye, muger, huye. Este sitio es un claustro. Aquí no cabe mas amor que el amor divino. Yo tambien he sufrido, yo tambien he llorado, á mí tambien me han tenido por loco y por delirante. Ves las arrugas de mi rostro, muger? cada una de ellas es el fruto de un año de tormento, de un siglo de agonía. Pero por fin he vencido y de cuajo he arrancado el amor de mi pecho como el nímida aquel que se cortó de un hachazo la mano que habia herido á su amo. Huye, muger, huye! Tú perteneces á otro hombre y yo pertenezco á Dios. Entre los dos hay un abismo y sobre nuestra frente un anatema.

Eladia le mira, en seguida baja la frente que cubre con sus manos y solloza.

— Yo no te entiendo, no sé lo que dices, — esclama la pobre muger, — no comprendo de qué me hablas... solo veo que quieres alejarme. Ay! Tú no

eres Ponce, ó si lo eres, no me has amado jamás. Ponce vendria conmigo, iríamos á recorrer como antes el jardin del castillo, nos sentaríamos bajo la enramada, y al susurrar del viento, al gemir de las flores y al piar de las aves, nos diríamos palabras tiernas y amantes como solo nosotros sabíamos, como solo nosotros comprendíamos. Oh! nó, tú no eres Ponce. Adios, hombre desconocido que solo tienes palabras que yelan, adios! Si ves á Ponce, dile que Eladia todavía le ama.

Dice, y se aparta, deslizándose lentamente como un fantasma por bajo las arcadas del gótico claustro.

Ponce siente la fiebre apoderarse de su corazon, danzar el vértigo en su mente, y presa de una agitacion desconocida, impelido por un poder sobrenatural, se lanza hácia la muger que se aleja, va á llamarla, pero en el fondo del claustro, fria, misteriosa, negra, abriendo melancólica sus brazos, ve alzarse la cruz solitaria en que murió, mártir de la humanidad entera, el Redentor del mundo.

Eladia se aleja y Ponce cae de rodillas abrazado á la cruz.

## VI.

QUE es eso? qué sucede en torno al monasterio? qué figuras son esas estrañas y confusas que se agitan, se mueven, se chocan, se cruzan y se esparcen por todos lados?

Diríase una legion de trabajadores nocturnos.

Pero, cosa mas estraña! sus piés no hacen ruido al andar, y nada se percibe tampoco cuando arrojan al suelo los pinos que elevan en hombros y que arrancan con sus manos solas del bosque vecino.

Son los demonios que, irritados al ver que Ponce se les escapa, quieren quemar el monasterio.

En un momento han arrancado todo el pinar inmediato y llenado de leña todo el circuito del monasterio.

Van á pegarle fuego, pero se detienen ante una seña de Satan.

Es que á Satan le ha ocurrido una idea.

Ha pensado que los monges pueden escapar de las llamas, burlarle con esto y hacer inútil su venganza. Mejor será, se dice, cojer una montaña y dejarla caer sobre el monasterio aplastándole con todos sus habitantes.

Sonrie Satan á la idea de hacer una torta del edificio y de los anacoretas,

dice á los suyos que se estén quedos, bate sus negras alas y de un vuelo se coloca en los Pirineos.

Escoje allí la peña mas grande, rompe sus uñas y ensangrienta sus manos para arrancarla, consigue por fin cargársela al hombro y, aunque no tan ligero como la primera vez, vuelve á rasgar los aires.

Está ya á la vista del monasterio.... Un vuelo mas y todo ha concluido para los monges.

En este momento supremo suena de pronto la campana que saluda á la aurora. Satan se estremece, al movimiento que hace resbala la peña de sus hombros y cae con un ruido terrible en el sitio donde está todavía.

Vuelve á sonar el toque de maitines, y á la voz de la campana que convida á la oracion y saluda al dia, disípase dando rugidos de furor la infernal cohorte.

A la puerta del templo, cuando la abrieron por la mañana, los monges encontraron á una muger tendida en el suelo y cadáver.

Era Eladia, la pobre loca escapada de la abadía donde la tenia presa su marido y muerta de hambre y de frio junto al monasterio de Piedra.

Aquella misma tarde los tres golpes de San Benito reunieron á la comunidad junto al lecho de Ponce que entregó su alma al Señor despues de una larga agonía.

Desde entonces le quedó á la peña el nombre de *La peña del diablo*.